

ALFAGUARA

Adriana Díaz
Enciso
Ciudad doliente de Dios



SÍGUENOS EN

megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleermex](#)



[@megustaleermex](#)

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*A Rita Guerrero, por tu presencia en mi vida.
Que el canto y las palabras crucen otra vez
la barrera entre lo visible y lo invisible*

*A Tim Heath, quien fuera en otra vida buen guardián,
por el grano de arena*

*A Ana García Bergua y Verónica Murguía,
por la constancia en el cariño y la palabra*

con mi amor

*Y a todas las víctimas de la ciega violencia,
la energía esclavizada que cruza estas páginas,
con mi amor también*

*The Imagination is not a State:
it is the Human Existence itself*

La realidad no está aquí, ni allá. Sucede en una zona intermedia que no se toca. Y sin embargo es perceptible en todas las regiones que atraviesa.

Empecemos de nuevo. Digamos “la eternidad”. Que diga el papel que la eternidad no está en ninguna parte, y sin embargo existe. Que intocable, invisible, inconcebible incluso, y sin confines, nos contiene. Si es que esto es un papel, y no una franja de luz, una columna de humo: el pensamiento. Si es que me decido a dejar fijadas en una base material mis ociosas reflexiones, a iniciar el arduo proceso de intentar convertir su inutilidad —no, no eso: su insustancialidad— en frágil y humana permanencia. Es decir, a detenerlas. Aún puedo elegir dejarlas desvanecerse en el aire, como el desorganizado batir de alas de un tumulto de palomas asustadas a medio festín. Aunque mi pensamiento lo llevo conmigo a todas partes, aún puedo decidir que no está ahí, que es un estado de ánimo, una sombra en el día que se ha tornado de pronto gris; un sueño que se lleva el viento fresco, dejando aquí el cuerpo nada más, que busca la protección del impermeable, la reafirmación de la existencia segura del mundo en las pruebas que ofrecen los sentidos.

Aunque, por supuesto, nos queda el problema de las formas que entrevemos con el rabillo del ojo.

Digamos sin embargo que soy un orfebre. Lo que equivale a decir que mi labor es con la materia, mis manos la herramienta, que mi trabajo es asunto de este mundo. Ser un herrero y trabajar en la fragua vendría a ser idéntica activación de la energía. Es nada más cuestión de dimensiones. Igualmente necesitaré del fuego, de los elementos que conforman la tierra desde siempre, e igualmente habré

de preguntarme por su origen, cómo mi cuerpo, la tierra y el universo entero están hechos de ellos en igual medida, cuál es la correspondencia que los hace encarnar en formas tan distintas, y cómo, con qué arte he de hacerlos hablar. Sea como sea, mi labor será crear cosas nuevas; moldear, combinar, forzar, construir. Imaginar, que es dar luz y vida y forma. Siempre la inauguración de un mundo, hasta en el más mínimo objeto que salga de mis manos.

¿Pero cómo poblar un mundo? Porque es preciso. Hay que tejer las formas para que el alma, entonces, exista; las formas que, en su contracción, delinean y limitan. El ser encarna, aún en esa forma elemental. Por eso es preciso delimitarla. ¿Quién quiere vivir en un mundo vacío? Ya después vendrá el despertar, el vuelo, la mirada del águila naciendo desde el centro.

Mito creacional. Otra leyenda sobre el origen de la historia de los hombres —pero todas son verdad, susurra en mi oído la voz que me atraviesa.

Los veo ahora mismo, en el parque, ya contenidos por su forma. Salen de edificios y oficinas. Es la hora de comer y tienen hambre. Sus movimientos, el ruido que producen en el acto continuo de ser, son la correspondencia humana con el vuelo de la parvada de palomas. Muchos sonríen: porque es de día y éste es un parque, la luz se vuelve fresca e incandescente a la vez en la punta verde y dorada de los árboles; sonríen porque tienen hambre y comerán, porque dan el día por sentado y no ponen en duda el regreso recurrente de la luz del sol. El día con su luz es su realidad. Ahí están, no hay forma de negarlos, ni a uno solo, ni al más pequeño ni al más humilde entre ellos. ¡Todas las historias que se cruzan! Imagina el bullicio, el tumulto de palabras al azar atrapadas al vuelo, en tantos idiomas, cargadas de una infinidad de intenciones, si pudieras oír sus pensamientos.

Esta labor —imaginar para crear, imaginar para ver —, ¿equivale a una vida? ¿Qué he hecho yo, cómo he poblado el mundo (y cuál mundo) tras todos estos años de arrastrar

conmigo el pensamiento, inaugurar universos, crear con mis manos objetos que nacen cargados de su propia y misteriosa elocuencia? ¿Qué he hecho en toda mi vida que me haga distinto de los otros, más pensador o más creador, más merecedor de interrogar al mundo?

Quisiera, en un día como éste (pero hipotético, posible sólo como yo lo quiero), interrogarlos a todos. Preguntarles si creen que el mundo es materia o sueño, sustancia que se basta a sí misma o reflejo de una existencia infinitamente más perfecta y luminosa; reflejo encarnado *por necesidad* . En dónde, quisiera oírlos decir, creen que está la realidad.

Y regreso al punto de partida.

Yo, como todos, tengo una historia. Lo que no sé es si es real. Aquí sentado como si no tuviera a dónde ir, ningún destino, me pregunto cuál es la mejor forma de empezar, de qué hilo dorado que aún no encuentro tirar para desma-dejar la maraña de mi cuento, con qué pasos tengo que echar a andar para así, algún día —quizá— llegar. Porque tengo que contar para llegar, eso está claro; es la narración la que tejerá la historia, ella la que la vuelve sólida. *I give you the end of a golden string, Only wind it into a ball: It will lead you in at Heaven's gate, Built in Jerusalems wall* .

Veamos. Estoy en la ciudad. Podría pensarse que he llegado. ¿No era ésta la meta, el punto final de todo esfuerzo? Ahí están la calles, el río incontenible de la humanidad, con todo su cansancio, su angustia, sus miserias, el calor que generan sus cuerpos (forma, encarnación) en perpetuo movimiento; la humanidad con su carne demandante y ciega, con sus preguntas sin fondo como bocas siempre abiertas, la humanidad con sus quejas, sus teorías y sus lamentos, sus deseos, amorfos casi siempre. Se mueven entre muros sucios: de humo y hollín, de lluvia cuajada por el polvo, de nieve pisada en el invierno, de orina y escupitajos y

vómitos de años. De sangre derramada alguna vez, luego olvidada, por accidente o en las múltiples variantes del crimen. Yo también escribo en esta calle lo que veo y escucho en las regiones de la humanidad, en las calles de la urbe, abriéndose: cuerpos que se arremolinan alrededor de otros cuerpos en la lucha por un poco más de espacio, aire, por un asiento en el metro o el autobús, por un instante ganado en la carrera por llegar, a donde sea. Y en esta soledad entre otros cuerpos, en medio de esta constante agresión y estas desdichas, pura y definida, el alma. El alma recortada contra este fondo de humo, de suciedad, de colores destemplados y de ruido.

En estas calles, sí, se puede respirar el odio. Se puede vivir el odio, sumergirse uno en él y no salir nunca, o descubrir a la orilla de un canal, en un brezal desierto o en un cuartucho sórdido el cuerpo de las víctimas del odio. Pero es aquí, y sólo aquí —escúchenme bien, si alguien me escucha— que es posible aprender a amar al prójimo, que esa abstracción inmensa llamada humanidad, estéril como toda abstracción, adquiere una multiplicidad de cuerpos y de rostros, todos, en su particularidad, definidos, todos irrepetibles. Aquí, en la ciudad, como en un mural de dimensiones infinitas, se despliega el gesto de todas las emociones que conoce el corazón del hombre.

¡La ciudad, el lugar de las revelaciones! Aquí, entre las murallas que contienen el golpe de la guerra contra ese corazón, rodeado por los pilares de oro que centellean marcando el camino entre la densa oscuridad, transcurre la historia que me ha dado mi forma, la historia que recuerdo, la que quiero contar. Aquí donde comulgan la esfera de lo visible y lo invisible, donde se expande hasta una distancia ilimitada, y hacia todos los puntos cardinales, la zona intermedia en que yo habito. Es de este claroscuro de donde haré surgir los rostros que viven en mi historia, y ya echados a andar por estas calles voy a seguirlos, en pos de la ciudad que todos ellos buscan. La buscan conmigo.

Qué es lo que digo... ¿Voy a recordar, entonces? He vivido mucho ya sobre esta tierra. A veces me asombra cuánto. No, no tengo interés en recordar. Vivir de nuevo lo ya vivido, cansa. Si recordara, sería porque todos esos rostros son —o fueron— reales. Y de su realidad yo no tengo duda, no necesito recordarlos para eso, ni les hacen falta las estériles hijas de la memoria para estar donde están ni para seguir su viaje. Pero me enredo... otra vez me ha hecho caer el hilo de mis palabras, suelto, enrollado en mis tobillos. Otra vez he dado un giro para llegar a: nada. Se vacía la ciudad. Se vacía el mundo. Estoy solo, no de nuevo, sino como siempre y desde siempre.

Aquí habría que soltar un suspiro, pero sería un gesto teatral, para el beneficio de mis espectadores. No que eso me moleste. Los hombres somos así. Pero no tengo espectadores. Estoy solo, ¿recuerdan?

O loco. He perdido la razón y estoy en un hospital para enfermos mentales, lo que la gente de a pie llama, con más gracia, un manicomio. Como la madre infanticida. Como la monja estigmática. Tú me ves desde allá afuera, desde el otro lado de las rejas, me ves así encadenado, y te compadesces de mí. O te ríes. Quieres verme estallar en toda la gloria de mi furia, para sentir un poco el roce del huracán de la locura, de la tragedia irremediable, y también el alivio de que quede tan lejos de ti.

Pero yo te contaré que soy el fundador de la ciudad, la ciudad más magnífica que haya existido nunca, y te hablaré de los seres heroicos que la pueblan, que también a su manera la han fundado, siguiendo sus sueños, sus profecías, sus espejismos, escapando, siempre escapando de la ciudad otra, la mentirosa, la que termina cayendo siempre en la poderosa inercia de su confusión y sus errores. Te diré que soy yo, ese del que se burlaron todos, fiel no a las falacias de la memoria, sino a las hijas de la inspiración, el hombre al que le debes la ciudad prodigiosa que habitas, y

no te daré el gusto de que pruebes las ácidas mieles de mi furia.

Te diré también que soy ese hombre, sí, pero el de *antes* : el que está huyendo apenas, el que está escapando, el que todavía busca, el que *fundará* la ciudad con la que sueñas. Soy yo, el que busca aún a los otros, los que se aproximan desde distintos caminos al mismo punto exacto, a las cuatro puertas desde las que habrán de levantarse las murallas resplandecientes, la perfección inexpugnable. Que los busco porque están perdidos, y por lo tanto yo estoy perdido también.

Eso te contaré. Pero no estoy loco, ni son estos los muros de un manicomio ni hay aquí ninguna reja, ninguna cárcel. No estamos tampoco exactamente en este lugar que ves, ni el que imaginas. No hablo desde la solidez de esta mesa y estas sillas ni la de la ventana transparente. Esto es otra cosa, es otro sitio, no sé si lo entiendas. Pero tienes que entenderlo, pues todo lo que aquí digo es, o ha sido, real.

Dejemos que empiece la historia.

*The eternal gates terrific porter lifted the northern bar:
Thel enter'd in & saw the secrets of the land
unknown*

Uno

Cristina es lanzada al vacío

De espaldas a ellas, Herat miraba el jardín a través de la ventana, la mancha indistinta de verdor de los manzanos y naranjos agrupados a lo lejos, tras la valla blanca del huerto. La luz de la temprana mañana invernal era de un gris vago y casi iridiscente; atravesaba los cristales y delineaba su silueta con un tenue resplandor que aplanaba extrañamente la figura, como si estuviera hueco y fuera nada más la forma estilizada de un cuerpo. En esa luz parecía inusualmente alto. Había inclinado ligeramente los hombros, con las manos en los bolsillos del pantalón, quizá por el frío que no lograba ahuyentar del todo el calefactor eléctrico, y entre ese sol como de plata y sus miradas su cuerpo parecía por momentos volverse inmaterial, casi transparente. Como si estuviera ahí, frente a la ventana, fijo en el lienzo de la luz, pero desde otro tiempo.

—Herat —lo llamó Cristina quedamente, pero él no respondió, sólo agitó levemente la cabeza, como irritado por la interrupción de una idea.

—¿Me oyes? —dijo entonces con voz ligeramente más firme, luchando por atravesar a salvo las aguas del sentimiento que estaban a punto de ahogarla.

Se volvió hacia ella girando apenas el cuerpo en su dirección. Parecía no querer arrancar la mirada de algún paisaje deslumbrante, superpuesto a aquel tan simple y mundano

del jardín, el huerto a lo lejos, ese cielo invernal. Era, pensó Cristina, como si ya se hubiese marchado. Antes de mirarla sus ojos se encontraron con los de Ahania —ansiosos, con ese brillo enfebrecido que tenían siempre, las pupilas como plata bruñida de tan negras—. Los de él, en cambio, parecían velados por el resplandor que miraba antes de que el llamado de Cristina lo sacara de su contemplación.

La mirada que intercambiaron incomodó a la joven. Los envidiaba siempre que los veía mirarse. Su intimidad entonces era como una sonrisa que no tocaba sus labios, luz en el rostro. Estaba hecha de dulzura compartida y de tristeza, que encontraban en el otro su espejo.

A Cristina le perturbaba verlos mirarse tanto como su mezquina reacción a esa mirada que la excluía. Era una emoción compleja con la que se sentía muy sola. Una y otra vez su corazón se violentaba porque ellos sabían algo que le estaba oculto. Desde que tenía memoria los había escuchado hablar con una atención reconcentrada que era superior a sus fuerzas, a sus años, pero no le habían entregado el secreto. Ella era joven, ignorante, y no podía enfrentarlos siquiera con su orgullo. Sabía que éste era infantil y acaso injusto: todo lo que sabía, y todo lo que amaba, lo había aprendido de sus labios.

Sólo eso entendía: que el orgullo y la violencia que a veces la sacudían por dentro, un torrente de agua oscura que amenazaba con reventar contra los límites de su cuerpo, había que aplacarlos con la aceptación de su ignorancia. En esa conformidad buscaba la calma que ansiaba su corazón. Quería hundirse en ese refugio cálido donde el amor por ellos, de ellos, era intocable. Quería con toda su alma reencontrar esa confianza ciega, el júbilo que hasta entonces había iluminado sus encuentros, borrando todo lo demás. Pero el refugio de ese amor era una imagen que empezaba a deshacerse en las manos. Acababa de escuchar una noticia devastadora, cuyo sentido incomprensible había sacudido los muros de su mundo entero, y ahora ese mundo se

venía abajo. De pronto adquirió conciencia de que justo entonces estaba dejando de ser niña, y lo único que alcanzaba a pensar, una y otra vez, era que crecer era una soledad temible.

Ahania entornó los párpados, nerviosa, interrumpiendo la comunicación establecida por los ojos de quien ahí, en ese lugar y en ese tiempo, era su esposo; los ojos siempre sedientos, la mirada de lealtad incorruptible en donde ambos encontraban un reflejo de lo que habían perdido. Pero no quería mirarlo más. Mucho se habían mirado ya, adentrándose en el mundo subterráneo y doliente que ahora iba a cerrar finalmente sus puertas sobre ellos. Ya no había oscuridades más profundas que encontrar. Ahora Ahania —y a pesar de saber lo que vendría— intentaba concentrarse en la vulnerabilidad de aquella joven que convenían en llamar su hija. No sabía si era más fuerte que Herat; si pese a su fragilidad tenía menos miedo del dolor de otros, pero su instinto en esos momentos era de protección hacia Cristina; de volver la mirada hacia afuera, hacia ese mundo indudablemente sólido y real de la habitación, y tenderle la mano ahora que más que nunca la necesitaba.

Apoyó el rostro sobre su mano esbelta. Sus gestos y movimientos eran sosegados; todos su propio espejo, repeticiones infinitas de sí misma: dulce y serena, oscura y dolorosa. Sonrió, pero Cristina no respondió a la sonrisa, aunque le sostuvo la mirada.

—¡Pero a dónde van! ¡No me pueden hacer esto! Nunca me dijeron... —dudó— ¿O ya lo sabían? ¿Siempre supieron que iba a ser así?

Fue Herat quien asintió con aire ensimismado, al parecer aún absorto en la contemplación de esa luz que sólo él veía y parecía elevarlo sobre la confusión de la realidad presente. Veía a Cristina como atravesando un muro. Como si viera dentro de ella pero no viera su corazón, sino un paisaje.

Un mechón de cabello le caía sobre la frente, cuya palidez acusaba su cansancio. Aun entonces, con el llanto co-